

sar por el demonio de la Ciencia y por ese furor de investigaciones que devoraba á su marido, vivía en continua expectativa y pasaba días enteros como muerta, clavada en su butaca por la violencia misma de sus deseos que, no encontrando, como los de Baltasar, un cebo en los trabajos del laboratorio, atormentaron su alma influyendo en sus dudas y en sus recelos. Echándose en cara por momentos su complacencia por una pasión cuyo objeto era imposible y que el P. Solís censuraba, se levantaba, acercábase á la ventana del patio interior y miraba con terror la chimenea del laboratorio. Si salía de ella humo, lo contemplaba con desesperación y las ideas más encontradas agitaban su corazón y su espíritu. Veía escaparse convertida en humo la fortuna de sus hijos, pero salvaba la vida del padre: ¿no era su primer deber hacerle feliz? Esta última consideración la calmaba por un momento. Había alcanzado permiso para entrar en el laboratorio y permanecer en él; pero en breve tuvo que renunciar á tan triste satisfacción. Allí padecía mucho viendo que Baltasar para nada se ocupaba de ella, y aun con frecuencia parecía que le molestara su presencia; sentía celosas impacencias, crueles anhelos de volar la casa; moría de mil males inauditos. Lemulquinier fué entonces para ella una especie de barómetro: si le oía silbar cuando iba y venía para servir el almuerzo y la comida, adivinaba que los experimentos de su marido habían salido bien y que concebía la esperanza de un buen éxito inmediato; si estaba callado, malhumorado, le dirigía una mirada de dolor: era señal de que Baltasar estaba descontento. Ama y criado habían acabado por comprenderse, á pesar del orgullo de la una y de la sumisión arrogante del otro. Aquella mujer, débil y sin defensa contra las terribles postraciones del pensamiento, sucumbía al peso de esas alternativas de esperanza y desaliento, que eran más abrumadoras á causa de las zozobras de la mujer amante y de las ansiedades de la madre que temblaba por su familia. El silencio desolador que algún tiempo antes le enfriaba el corazón, lo dividía sin notarlo con el aspecto sombrío de su casa, y pasaba días enteros en aquel locutorio sin una sonrisa, y á menudo sin decir una palabra. Por una triste previsión maternal, acostumbraba á sus dos hijas á los quehaceres domésticos, y procuraba aleccionarlas en algún oficio propio de la mujer para que pudiesen vivir si se veían reducidas á la miseria. La

tranquilidad de aquella morada encubría, pues, espantosas agitaciones. A fines del verano, Baltasar había consumido el dinero de las alhajas vendidas en París por mediación del P. Solís, y contraído deudas por valor de veinte mil francos en casa de Prottez y Chiffreville.

En agosto de 1813, cosa de un año después de la escena con que comienza esta historia, si bien Claes había hecho algunos buenos experimentos que desdeñaba por desgracia, sus esfuerzos no habían dado ningún resultado en cuanto al objeto principal de sus investigaciones. El día en que terminó la serie de sus trabajos, le anonadó la persuasión de su impotencia, y le desesperó la certidumbre de haber disipado sumas considerables infructuosamente. Esto fué para él una espantosa catástrofe. Salió de su desván, bajó lentamente al locutorio, se sentó en una butaca entre sus hijos, y permaneció largo rato meditabundo, como muerto, sin contestar á las continuas preguntas de su mujer; acudió el llanto á sus ojos y se retiró á su cuarto para que su dolor no tuviera testigos; Josefina le siguió y se lo llevó á su aposento donde, solo con ella, dió rienda suelta á su desesperación. Aquellas lágrimas del hombre, aquellas palabras de artista desalentado, los sinsabores del padre de familia tuvieron un carácter de terror, de ternura, de locura, que hizo más daño á la señora Claes que todos sus dolores pasados. La víctima consoló al verdugo. Cuando Baltasar dijo con horroroso acento de convicción: «¡Soy un miserable; me estoy jugando la vida de mis hijos, la tuya, y para que seáis felices, será forzoso que me mate!», esta palabra le llegó al corazón, y el conocimiento que tenía del carácter de su marido la hacía temer que realizara al punto tan desesperado propósito, de suerte que sintió una de esas revoluciones que trastornan la vida en su origen, y que fué tanto más violenta cuanto que Pepita contuvo sus violentos efectos afectando una mentida calma.

—Baltasar, le dijo, he consultado, no á Pierquin cuya amistad dista de ser bastante grande para que no sienta cierta secreta satisfacción en vernos arruinados, sino á un anciano que es un buen padre para mí. El P. Solís, mi confesor, me ha dado un consejo que nos salva de la ruina. Ha venido á ver tus cuadros, y me ha dicho que el valor de los que hay en la galería puede bastar para pagar todas las cantidades hipotecadas sobre tus propiedades y lo que debes á

la casa Protez y Chiffreville, porque seguramente tienes que saldar alguna cuenta con ella.

Claes hizo un ademán afirmativo bajando la cabeza cuyos cabellos habían encanecido.

—El P. Solís conoce á Happe y Duncker de Amsterdam; tienen la manía de los cuadros, y como están ganosos, á fuer de advenedizos, de ostentar un fausto sólo permitido á las casas antiguas, pagarán los nuestros en todo su valor. De este modo recobramos nuestras rentas, y sobre la cantidad percibida, que será de unos cien mil ducados, tú podrás tomar una parte para continuar tus experimentos. Tus dos hijas y yo nos contentaremos con poco. A fuerza de tiempo y de economía, llenaremos con otros cuadros los sitios vacíos, y tú vivirás contento.

Baltasar miró á su mujer con alegría mezclada de temor. Se habían cambiado los papeles: la esposa se convertía en protectora del marido. Aquel hombre tan cariñoso y cuyo corazón era tan coherente con el de Josefina, la estrechaba entre sus brazos sin notar la horrible convulsión que la hacía palpar y que agitaba sus cabellos y sus labios con estremecimiento nervioso.

—No me atrevía á decir que entre yo y lo Absoluto, apenas media un cabello de distancia. Para transformar los metales en gases, no me falta más que dar con el medio de someterlos á un inmenso calor en un espacio en que la presión atmosférica sea nula, en una palabra, en un vacío absoluto.

Josefina no pudo soportar el egoísmo de esta contestación: aguardaba apasionadas demostraciones de gratitud por sus sacrificios, y sólo encontraba un problema de química. Se apartó bruscamente de su marido, bajó al locutorio, se dejó caer en su poltrona entre sus dos hijas asustadas y rompió á llorar; Margarita y Felicia la cogieron cada una una mano, se arrodillaron á su lado, llorando como ella sin saber la causa de su pena, y le preguntaron varias veces:

—¿Qué tienes, mamá?

—¡Pobres hijas mías! Conozco que me muero.

Esta respuesta estremeció á Margarita que, por vez primera, vió en el rostro de su madre las huellas de esa palidez especial de las personas de tez morena.

—¡Marta! ¡Marta! gritó Felicia; ven, mamá te necesita.

La vieja criada acudió desde la cocina, y viendo la blan-

cura verdosa de aquella cara ligeramente oscurecida y vigorosamente colorada:—¡Cuerpo de Cristo! dijo en español, la señora se muere.

Salió precipitadamente, encargó á Josefa que calentase agua para un baño de pies y volvió al lado de su señora.

—Marta, no alarmes al señor, no le digas nada, dijo la señora Claes. ¡Pobres hijas mías! añadió abrazando á Margarita y á Felicia con arranque desesperado. Quisiera poder vivir bastante tiempo para veros dichosas y casadas. Marta, di á Lemulquinier que vaya á casa del señor de Solís y le ruegue de mi parte que venga á verme.

Aquel suceso repentino repercutió necesariamente hasta en la cocina. Josefa y Marta, ambas encariñadas con la señora Claes y sus hijas, se sintieron heridas en el único afecto que tenían. Aquellas terribles palabras: —La señora se muere, el señor la habrá matado, prepara pronto un pediluvio con mostaza, — arrancaron muchas interjecciones á Josefa, que abrumaba con ellas á Lemulquinier. Este, frío é insensible, comía sentado á la punta de una mesa, delante de una ventana por la cual entraba la luz del patio á la cocina, en la que todo estaba tan limpio como en el tocador de una damisela.

—Esto no podía acabar de otro modo, dijo Josefa mirando al ayuda de cámara y subiendo á un taburete para coger de un vasar una cacerola que relucía como el oro. No hay madre que pueda ver con sangre fría á un padre despilfarrando una fortuna como la del señor para convertirla en humo.

Josefa, cuya cabeza cubierta con un gorro redondo lleno de escarolados se parecía á la de un cascanueces alemán, echó á Lemulquinier una mirada agria, que el color verde de sus ojillos poco rasgados hacia casi venenosa. El viejo criado se encogió de hombros con un movimiento digno de Mirabeau impaciente, y luego se metió en su enorme boca una rabanada de pan con manteca sazónada con hierbas aperitivas.

—En lugar de criticar al señor, la señora debería darle dinero, y entonces todos seríamos ricos y nadaríamos en oro. Muy poco ha faltado para que encontrásemos...

—Puesto que tienes veinte mil francos puestos á rédito, ¿por qué no se los ofreces al amo? Y ya que estás tan seguro de sus resultados...

—No entiendes una palabra de eso, Josefa; cúidate de

calentar el agua, contestó el flamenco interrumpiendo á la cocinera.

—Pues entiendo lo bastante para saber que aquí había plata por valor de mil marcos, y que tú y tu amo los habéis derretido, y que si se os deja ir á ese paso pronto no quedará nada.

—Y el señor, dijo Marta interviniendo, matará á la señora para desembarazarse de una mujer que le contiene y le impide devorarlo todo. Se conoce que está poseído del demonio. Lo menos que arriesgas ayudándole, Lemulquinier, es tu alma, si es que la tienes, porque te veo ahí como un pedazo de hielo mientras todos estamos desolados. Corre á buscar al P. Solís.

—Tengo que arreglar el laboratorio por orden del señor, contestó el ayuda de cámara. El barrio de Esquerchin está muy lejos de aquí, vé tú.

—¡Qué monstruo! exclamó Marta. Y ¿quién dará el baño de pies á la señora? ¿La queréis dejar morir? Se le ha subido la sangre á la cabeza.

—Mulquinier, dijo Margarita entrando en la pieza que precedía á la cocina, cuando vuelvas de casa del señor Solís avisa al médico señor Pierquin que venga pronto.

—Al fin irás, dijo Josefa.

—Señorita, el amo me ha mandado que limpie el laboratorio, contestó Lemulquinier volviéndose hacia las dos criadas, á las que miró con aire despótico.

—Papá, dijo Margarita á Claes que bajaba en aquel momento, ¿podrías prestarnos á Mulquinier para enviarlo á algunos recados?

—¿Ves como irás, chino feo? dijo Marta al oír que el señor Claes ordenaba á Lemulquinier que hiciese lo que le mandara su hija.

La poca abnegación que el ayuda de cámara demostraba á la familia era frecuente causa de disputas entre las dos criadas y Lemulquinier, cuya frialdad había dado por resultado exaltar la adhesión de Josefa y Marta. Esta lucha, al parecer tan mezquina, influyó mucho en el porvenir de aquella familia cuando andando el tiempo necesitó auxilio en la desgracia. Baltasar volvió á ser tan distraído que no advirtió el estado enfermizo en que se encontraba Josefa. Se puso á Juan en las rodillas y le hizo saltar maquinalmente, pensando en el problema que desde entonces tenía

posibilidad de resolver. Vió que llevaban el baño de pies á su mujer, la cual, careciendo de fuerzas para levantarse de la butaca en que yacía, se había quedado en el locutorio. Hasta miró á sus dos hijas ocupándose de su madre, sin meterse á averiguar la causa de sus solícitos cuidados. Cuando Margarita ó Juan querían hablar, la señora Claes les imponía silencio señalándoles á su padre. Semejante escena era á propósito para dar en qué pensar á Margarita que, colocada entre su padre y su madre, tenía ya la suficiente edad y era bastante razonable para apreciar su conducta. En la vida interior de las familias llega un momento en que los hijos, voluntaria ó involuntariamente, llegan á ser jueces de sus padres. La señora Claes había comprendido el peligro de esta situación. Por amor á Baltasar, se esforzaba por justificar á los ojos de Margarita lo que en el espíritu justo de una joven de diez y seis años podían parecer faltas en un padre. Así fué que el profundo respeto que su esposa atestiguaba á Baltasar en aquel momento, posponiéndose á él para no distraerle en su meditación, causaba á sus hijos una especie de terror por la majestad paternal. Mas por contagiosa que fuese tal abnegación, aumentaba la admiración que Margarita sentía hacia su madre á la cual la unían más particularmente los incidentes diarios de la vida. Este sentimiento estaba fundado en una especie de adivinación de sufrimiento cuya causa debía preocupar naturalmente á la joven. Ningún poder humano podía impedir que á veces se les escapara alguna palabra á Marta ó á Josefa, con la cual revelarían á Margarita la causa de la situación en que se encontraba la casa hacia cuatro años. Así, pues, no obstante la discreción de la señora Claes, su hija descubría lenta, insensiblemente, hilo á hilo, la trama misteriosa de aquel drama doméstico. Margarita iba á ser con el tiempo la confidente activa de su madre, y al llegar al desenlace sería el más temible de los jueces. Por eso todos los cuidados de Josefa se cifraban en Margarita, á la cual procuraba imbuir su cariñoso desinterés hacia Baltasar. La firmeza, el buen juicio que advertía en su hija la estremecían al pensar en una lucha posible entre Margarita y Baltasar, cuando, después de su muerte, ésta le reemplazara en la dirección de la casa. Dábase, pues, el caso de que la pobre mujer temblara por las consecuencias de su muerte más que por su muerte misma. Su solicitud por Baltasar se

patentizaba en la resolución que acababa de tomar. Al redimir los bienes de su marido, aseguraba la independencia de éste y precavía toda disensión separando sus intereses de los de sus hijos; esperaba verle feliz hasta el momento en que ella cerrara los ojos; luego se proponía transmitir las delicadezas de su corazón á Margarita, que seguiría desempeñando para con su padre el papel de un ángel de amor, ejerciendo en la familia una autoridad tutelar y conservadora. ¿No era esto hacer brillar todavía desde el fondo de su tumba su amor á los que tanto quería? Con todo, no quiso que desmereciera el padre á los ojos de la hija iniciándola prematuramente en los terrores que le inspiraba la pasión científica de Baltasar; estudiaba el alma y el carácter de Margarita para conocer si ésta llegaría á ser por sí misma una madre para sus hermanos, y para su padre una mujer dulce y cariñosa. De todo esto resultaba que los últimos días de la señora Claes estuvieron emponzoñados por cálculos y temores que á nadie se atrevía á confiar. Sentíase atacada en su misma vida por aquella última escena; dirigía sus miradas al porvenir, mientras Baltasar, inhábil en lo sucesivo para todo lo que fuera economía, fortuna, sentimientos domésticos, sólo pensaba en encontrar lo Absoluto. Nada interrumpía el profundo silencio que reinaba en el locutorio más que el movimiento monótono del pie de Claes, que continuaba moviéndolo sin notar que Juan se había bajado de sus rodillas. Margarita, sentada junto á su madre, cuyo rostro pálido y desenchajado contemplaba, se volvía de cuando en cuando á mirar á su padre, maravillándose de su insensibilidad. Poco después resonó la puerta de la calle al cerrarse, y la familia vió al P. Solís apoyado en su sobrino y cruzando despacio el patio.

—¡Ah! Ya está ahí el señor Manuel, dijo Felicia.

—¡Qué excelente joven! dijo la señora Claes al ver á Manuel de Solís. ¡Cuánto me alegro de volverle á ver!

Margarita se puso colorada al oír el elogio que se le escapaba á su madre. Hacía dos días que la presencia de aquel joven despertaba en su corazón sentimientos desconocidos y avivado en su inteligencia pensamientos hasta entonces inertes. Durante la visita hecha por el confesor á su penitente, habían ocurrido sucesos imperceptibles que ocupan gran lugar en la vida, y cuyos resultados fueron bastante importantes para exigir aquí la pintura de dos

nuevos personajes introducidos en el seno de la familia. La señora Claes había tenido por principio cumplir en secreto sus prácticas de devoción. Su director espiritual, casi desconocido de la familia, se presentaba por segunda vez en su casa; pero tanto en ella como en todas partes causaba una especie de enternecimiento y de admiración. El P. Solís, octogenario de plateados cabellos, tenía un rostro decrepito en el que la vida parecía haberse retirado á los ojos. Andaba con dificultad, porque una de sus dos cortas piernas terminaba en un pie horriblemente deformado, metido en una especie de saco de terciopelo que le obligaba á valerse de una muleta cuando no tenía el brazo de su sobrino. Su espalda encorvada y su cuerpo descarnado revelaban una complexión débil y enfermiza, dominada por una voluntad de hierro y por un casto espíritu religioso que lo habían conservado. Aquel sacerdote español, notable por su vasto saber, por su verdadera religiosidad, por sus variados conocimientos, había sido sucesivamente dominico, gran penitenciario de Toledo, y vicario general del arzobispado de Malinas. A no haber sido por la Revolución francesa, habría llegado á las más elevadas dignidades de la Iglesia gracias á la protección de los Casa Real; pero el sentimiento que le causó la muerte del joven duque, discípulo suyo, le disgustó de la vida activa, y se consagró por completo á la educación de su sobrino que se había quedado huérfano desde muy niño. Cuando la conquista de Bélgica, se estableció cerca de la señora Claes. El P. Solís había profesado desde su juventud entusiasta veneración á Santa Teresa que le condujo, á la vez que la inclinación de su espíritu, hacía la parte mística del cristianismo. Encontrando en Flandes, donde la señorita Bourignon así como los escritores iluministas y quietistas habían hecho más prosélitos, una grey de católicos adictos á sus creencias, se quedó allí tan de mejor grado cuanto que se le consideró como un patriarca por esa comunión particular en la que se siguen todavía las doctrinas de los Místicos, á pesar de las censuras que recayeron sobre Fenelón y madama Guyón. De costumbres rígidas y vida ejemplar, pasaba por tener éxtasis. A pesar del desprendimiento que un religioso tan severo debía observar para las cosas de este mundo, el cariño que profesaba á su sobrino le hacía cuidadoso de sus intereses. Cuando se trataba de una obra de caridad, el anciano ponía á con-

tribución á los fieles de su iglesia antes de recurrir á su propia fortuna, y se reconocía de tal suerte su autoridad patriarcal, eran tan puras sus costumbres, tan atinado casi siempre en su perspicacia, que todos correspondían á sus demandas. Para formarse una idea del contraste que mediaba entre tío y sobrino, sería menester comparar al anciano á uno de esos sauces añosos que vegetan á la orilla del agua, y al joven al rosal silvestre lleno de rosas cuyo tallo derecho y elegante surge del seno del árbol musgoso, al que parece querer enderezar.

Severamente criado por su tío, que le vigilaba como una matrona puede custodiar á una virgen, Manuel estaba dotado de esa sensibilidad exquisita, de esa candidez casi soñadora, flores pasajeras de todas las juventudes, pero vivaces en las almas nutridas de principios religiosos. El anciano sacerdote había reprimido la expresión de los sentimientos voluptuosos en su sobrino, preparándole para los sinsabores de la vida con trabajos continuos, con una disciplina casi claustral. Esta educación, que debía hacer entrar á Manuel en la sociedad lleno de inocencia, y hacerle feliz si encontraba correspondencia en sus primeros afectos, le había revestido de una pureza angelical que comunicaba á su persona el encanto de que están dotadas las doncellas. Sus ojos tímidos, pero á los que traslucía un alma fuerte y animosa, despedían una luz que vibraba en el alma como el sonido del cristal difunde sus ondulaciones en el oído. Su rostro expresivo, pero regular, se recomendaba por una gran precisión en los contornos, por la feliz disposición de las líneas y por la calma profunda que da la paz del corazón. Todo en él era armonioso. Sus cabellos, sus ojos y sus cejas negros daban mayor realce á su cutis blanco y de vivos colores. Su voz era la que podía esperarse de tan hermoso rostro. Sus movimientos femeniles se amoldaban á la melodía de su voz y á las tiernas claridades de su mirada. Parecía ignorar el atractivo que ejercía la reserva semimelancólica de su actitud, la discreción de sus palabras, y los cuidados respetuosos que prodigaba á su tío. Al verle estudiar la marcha tortuosa del anciano cura para prestarse á sus dolorosas desviaciones de modo que no las contrariara, mirando á lo lejos lo que podía lastimarle los pies y llevándole por el mejor camino, era imposible no reconocer en Manuel los sentimientos generosos que hacen del hombre

una criatura sublime. Parecía tan grande queriendo á su tío sin juzgarle, obedeciéndole sin discutir jamás sus órdenes, que todos querían ver una predestinación en el nombre suave que le había puesto su madrina. Cuando en su casa ó en la ajena el viejo ejercía su despotismo de dominico, Manuel levantaba á veces la cabeza tan noblemente, como para protestar de su fuerza si hubiera tenido que habérselas con otro hombre, que se conmovían las personas de corazón como se conmueven los artistas al aspecto de una grande obra, porque los hermosos sentimientos no resuenan menos vigorosamente en el alma por las concepciones vivientes que por las realizaciones del arte.

Manuel acompañaba á su tío cuando fué á casa de su hija de confesión para examinar los cuadros de la casa Claes. Cuando Margarita supo por Marta que el P. Solís estaba en la galería, deseó ver á aquel hombre célebre y buscó un mentido pretexto para reunirse con su madre á fin de satisfacer su curiosidad. Entró aturdidamente fingiendo la ligereza con que las muchachas ocultan tan bien sus deseos, y vió junto al anciano vestido de negro, encorvado, flaco, cadavérico, la fresca y galana figura de Manuel. Las miradas jóvenes y candorosas por igual de aquellos dos seres habían expresado el mismo asombro. Manuel y Margarita se habían visto ya sin duda en sus sueños. Ambos bajaron los ojos y los levantaron en seguida con análogo movimiento, dejando escapar una misma confesión. Margarita se cogió del brazo de su madre, le habló en voz baja tan sólo con objeto de reponerse, y se cobijó, por decirlo así, bajo el ala materna, alargando el cuello con movimiento de cisne para ver otra vez á Manuel que, por su parte, continuaba asido al brazo de su tío. Aunque la tenue luz que entraba en la galería, estaba hábilmente distribuída para hacer resaltar cada lienzo, favoreció esas ojeadas furtivas que tanto satisfacen á los jóvenes tímidos. Seguramente ninguno de ellos llegó, ni siquiera con el pensamiento, hasta el sí por el cual comienzan las pasiones; pero ambos sintieron esa turbación profunda que remueve el corazón y sobre la cual se guarda uno á sí mismo el secreto en la edad juvenil, por gusto ó por pudor. La primera impresión que causa en todos los jóvenes los desbordamientos de una sensibilidad largo tiempo contenida, va seguida del asombro casi estúpido, pero candoroso, que causan en los tiernos niños las primeras tocatas de

la música. Tratándose de los niños, unos ríen y piensan; otros ríen después de haber pensado; pero aquellos cuya alma está llamada á vivir de poesía y de amor, escuchan largo tiempo y piden que se repita la melodía con una mirada en que brilla ya el placer, en la que se advierte la curiosidad de lo infinito. Si nos atraen irremisiblemente los sitios en que se nos ha iniciado durante nuestra infancia en las bellezas de la armonía, si nos acordamos con delicia del músico y hasta del instrumento, ¿cómo será posible prescindir de amar al ser que ha sido el primero en revelarnos las músicas de la vida? ¿No viene á ser como una patria el primer corazón en que hemos aspirado el amor? Manuel y Margarita constituyeron el uno para el otro esa Voz musical que despierta un sentido, esa mano que levanta los velos nebulosos y muestra las riberas bañadas por los esplendores del mediodía. Cuando la señora Claes puso al anciano delante de un cuadro del Guido que representaba un ángel, Margarita alargó la cabeza para ver qué impresión causaba á Manuel, y el joven buscó la mirada de Margarita para comparar el mudo pensamiento del lienzo con el pensamiento viviente de la criatura. Esta encantadora é involuntaria lisonja fué comprendida y saboreada. El anciano cura encomiaba gravemente aquella hermosa composición, y la señora Claes le contestaba; pero los dos jóvenes guardaban silencio. Tal fué su primer encuentro. La luz misteriosa de la galería, el sosiego de la casa, la presencia de los padres, todo contribuía á grabar más profundamente en el corazón los rasgos delicados de aquel vaporoso espejismo. Los mil pensamientos confusos que acababan de llover sobre Margarita se calmaron, hicieron en su alma á modo de una extensión límpida, y se tiñeron de un rayo luminoso cuando Manuel balbuceó algunas frases al despedirse de la señora Claes. Aquella voz, cuyo timbre fresco y pastoso difundía en el corazón encantos inauditos, completó la revelación súbita que Manuel había causado y que él debía fecundar en su provecho: porque el hombre del que se vale el destino para despertar el amor en el corazón de una doncella ignora con frecuencia su obra y entonces la deja sin acabar. Margarita se inclinó cortada y fijó su despedida en una mirada á la que parecía traslucir el sentimiento de perder aquella pura y halagüeña visión. Como el niño, quería seguir escuchando su melodía. Aquella despedida fué al pie de la

escalera vieja, á la puerta del locutorio, y cuando la joven entró en él, estuvo mirando al tío y al sobrino hasta que se cerró la puerta de la calle. A la señora Claes la habían preocupado en demasía graves cuestiones, suscitadas en su conferencia con su confesor, para haber podido reparar la fisonomía de su hija. Cuando el P. Solís y su sobrino se presentaron por segunda vez, estaba aún demasiado perturbada para notar el rubor que coloró el semblante de Margarita revelando las fermentaciones del primer placer experimentado por un corazón virgen. Al anunciar la criada al anciano sacerdote, Margarita cogió su labor y pareció trabajar con tanta atención que saludó al tío y al sobrino sin mirarlos. Claes devolvió maquinalmente el saludo que le hizo el P. Solís, y salió del locutorio como hombre cuya presencia reclaman urgentes ocupaciones. El piadoso dominico se sentó junto á su hija de confesión dirigiéndole una de esas miradas profundas con las cuales sondeaba las almas: hábale bastado ver á Claes y á su mujer para adivinar una catástrofe.

—Hijos míos, dijo la madre, idos al jardín. Margarita, enseña á Manuel los tulipanes de tu padre.

Margarita, algo avergonzada, se asió del brazo de Felicia y miró al joven que se ruborizó y salió del locutorio llevando á Juan por no parecer encogido. Cuando los cuatro estuvieron en el jardín, Felicia y Juan se fueron por un lado, dejando á Margarita, que, habiéndose quedado sola con el joven Solís, le llevó delante del plantel de tulipanes arreglado siempre del mismo modo cada año por Lemulquinier.

—¿Le gustan á usted los tulipanes? preguntó Margarita después de pasar un rato en silencio sin que Manuel pareciera querer romperle.

—Señorita, son flores muy hermosas, mas para que gusten se necesita, sin duda, saber apreciar sus bellezas. Esas flores me deslumbran. El hábito del trabajo, en el obscuro cuartito en que vivo con mi tío, me hace preferir lo que es suave á la vista.

Al decir estas últimas palabras contempló á Margarita, pero sin que aquella mirada llena de confusos deseos contuviera ninguna alusión á la blancura mate, á la calma, á los colores suaves que hacían de aquel rostro una flor.

—¿Trabaja usted mucho? preguntó Margarita llevando á Manuel á un banco de madera con respaldo pintado de

verde. Desde aquí, repuso, no verá usted los tulipanes tan de cerca, y le fatigarán menos la vista. Tiene usted razón, esos colores son demasiado chillones y hacen daño.

—¿En qué trabajo? respondió el joven después de un momento de silencio durante el cual se entretuvo en alisar con el pie la arena del jardín. Pues trabajo en todo. Mi tío quería que fuese cura...

—¡Oh! exclamó ingenuamente Margarita.

—Me he resistido, porque no tenía vocación; pero he necesitado mucho valor para contrariar los deseos de mi tío. ¡Es tan bueno y me quiere tanto! Recientemente me ha comprado un sustituto para librarme de la quinta, porque soy un pobre huérfano.

—Pues ¿qué se propone usted ser? preguntó Margarita que pareció querer recoger su frase haciendo al efecto un ademán, y añadiendo:—Perdone usted; debo parecerle muy curiosa.

—Señorita, contestó Manuel mirándola con tanta admiración como cariño, nadie, excepto mi tío, me ha hecho aún esa pregunta. Estudio para profesor. ¿Qué quiere usted? No soy rico. Si consigo ser director de un colegio en Flandes, tendré con qué vivir modestamente y me casaré con alguna mujer sencilla á la que querré mucho. Tal es la vida que tengo en perspectiva. Quizás por eso prefiero una bellorita junto á la cual pasa todo el mundo en el llano de Orchies, á esos hermosos tulipanes llenos de oro, de púrpura, de zafiros, de esmeraldas que representan una vida fastuosa, del mismo modo que la bellorita representa una vida tranquila y patriarcal, la vida de un pobre profesor, como yo lo seré.

—Hasta ahora yo siempre había llamado margaritas á las belloritas, dijo la joven.

Manuel de Solís se puso encendido y buscó una respuesta removiendo la arena con los pies. Apurado por tener que escoger entre todas las ideas que se le ocurrían y que le parecían necias, y desconcertado después por el tiempo que tardaba en responder; dijo:—No me atrevía á pronunciar el nombre de usted... Y no concluyó.

—¡Profesor! repuso Margarita.

—Seré profesor por tener un título; pero emprenderé trabajos que podrán hacerme mucho más útil. Tengo mucha afición á los trabajos históricos.

—¡Ah!

Este ¡Ah! lleno de ideas secretas avergonzó más al joven, y se echó á reír tontamente, diciendo:—Pero me hace usted hablar de mí, cuando sólo deberíamos ocuparnos de usted.

—Me parece que mi madre y su tío de usted han acabado su conversación, dijo Margarita mirando al locutorio á través de las ventanas.

—He encontrado á su madre de usted muy cambiada.

—Es que está mala: no quiere decirnos la causa de sus padecimientos y no podemos compartir sus dolores.

En efecto, la señora Claes había terminado una consulta muy delicada, en la que se trataba de un caso de conciencia del que solamente el P. Solís podía ser árbitro. Previendo una ruina completa, quería retener, sin que lo supiera Baltasar, el cual se cuidaba poco de los negocios, una suma considerable sobre el valor de los cuadros que el P. Solís se encargaría de vender en Holanda, á fin de ocultarla y de reservarla para el caso de que la familia quedara reducida á la miseria. Después de madura deliberación y de apreciar las circunstancias en que se encontraba su hija de confesión, el anciano dominico había aprobado este acto de prudencia. Marchóse para ocuparse de esta venta que debía efectuarse secretamente para que Claes no desmereciera en el concepto de la gente. El anciano envió á su sobrino, provisto de una carta de recomendación, á Amsterdam, donde el joven, sumamente satisfecho de prestar aquel servicio á la casa Claes, consiguió vender los cuadros de la galería á los célebres banqueros Happe y Duncker por la suma ostensible de ochenta y cinco mil ducados de Holanda y otra de quince mil que se entregaría en secreto á la señora Claes. Los cuadros eran tan conocidos que, para realizar la venta, bastaba la contestación de Baltasar á la carta que la casa Happe y Duncker le dirigió. Claes encargó á Manuel de Solís que cobrara el precio de los cuadros que le envió sigilosamente para que nadie tuviera en Douai noticia de esta venta. A fines de septiembre, Baltasar devolvió las cantidades que se le habían prestado, desempeñó sus fincas y reanudó sus trabajos; pero la casa Claes quedaba privada de su mejor adorno. Cegado por su pasión, no sintió el menor disgusto, y se creía tan seguro de poder remediar pronto aquella pérdida, que había cedido los cuadros con pacto de retroventa. A los ojos de Josefina, no significaban nada cien lienzos pintados en comparación de la felicidad doméstica y

de la satisfacción de su marido; además, hizo ocupar los huecos de la galería con los cuadros que había en las salas de recibo, y, para disimular el vacío que quedaba en la casa de delante, cambió todos los muebles. Después de pagadas sus deudas, Baltasar contó con unos doscientos mil francos para comenzar de nuevo sus experimentos. El P. Solís y su sobrino fueron los depositarios de los quince mil ducados reservados por la señora Claes. Para aumentar esta suma, el cura vendió los ducados que, á consecuencia de la guerra continental tenían más valor, y enterró en la cueva de la casa que habitaba hasta ciento sesenta y seis mil francos en escudos. La señora Claes tuvo el triste consuelo de ver á su marido constantemente ocupado por espacio de ocho meses. Sin embargo, afectada rudamente por el golpe que éste le había asestado, contrajo una enfermedad de languidez que debía agravarse necesariamente. La Ciencia absorbió tan por completo á Baltasar, que ni los reveses sufridos por Francia, ni la primera caída de Napoleón, ni el regreso de los Borbones, le distrajeran de sus ocupaciones; no era marido, ni padre, ni ciudadano: fué únicamente químico. A fines de 1814, su mujer se hallaba en tal estado de consunción que ya no podía levantarse de la cama. No queriendo vegetar en su cuarto, donde había vivido feliz, y donde los recuerdos de su dicha desvanecida le habrían inspirado comparaciones involuntarias con el presente, que la hubieran abrumado, permanecía en el locutorio. Los médicos habían secundado su deseo diciendo que esta habitación les parecía más ventilada, más alegre y más á propósito para su estado que su cuarto. Se puso entre la chimenea y la ventana que daba al jardín la cama en que aquella desdichada mujer se iba extinguiendo, y allí pasó sus últimos días santamente ocupada en perfeccionar el alma de sus hijas en la cual se propuso que radiara el fuego de la suya. El amor conyugal, debilitado en sus manifestaciones, permitió al maternal que se ostentara por completo. La madre se mostró tanto más cariñosa cuanto más había tardado en serlo. Como todas las personas generosas, experimentaba sublimes delicadezas de sentimiento que tomaba por remordimientos. Creída de que había estado privando á sus hijos de las ternuras que les debía, procuraba redimir sus faltas imaginarias, y tenía con ellos cuidados y atenciones que la hacían cada día más querida; deseaba en cierto modo hacerlos vivir á los impulsos

de su corazón, cobijarlos bajo sus alas desfallecidas y concentrar en un solo día el cariño de que los había privado largo tiempo. Los padecimientos daban á sus caricias, á sus palabras, un suavísimo y comunicativo calor que se exhalaba de su alma. Sus ojos acariciaban á sus hijos antes que su voz los conmoviera con entonaciones llenas de buenos deseos, y su mano parecía derramar siempre bendiciones sobre ellos.

No llamó la atención en Douai el que la familia Claes, después de haber recobrado sus hábitos de lujo, no recibiera á nadie, ni que fuese mayor su aislamiento, ni que Baltasar no celebrara con ninguna fiesta el aniversario de su casamiento. Ante todo, la enfermedad de la señora Claes pareció razón suficiente para este cambio; además, el pago de las deudas dió tregua á las hablillas, y, por último, las vicisitudes políticas por que pasó Flandes, la guerra de los cien días y la ocupación extranjera hicieron olvidar completamente al químico. Por espacio de dos años, la ciudad estuvo tantas veces expuesta á caer en poder de los enemigos, tan consecutivamente ocupada por los franceses ó por sus adversarios, fueron á ella tantos extranjeros, se refugiaron allí tantos campesinos, corrieron peligro tantos intereses, así como tantas existencias, hubo tantas alarmas y desgracias, que nadie pudo pensar más que en sí propio. El P. Solís y su sobrino y los dos hermanos Pierquin eran las únicas personas que visitaban á la señora Claes; el invierno de 1814 á 1815 fué para ésta la más dolorosa de las agonías. Su marido casi nunca bajaba á verla; y aunque después de comer pasaba algunas horas á su lado, como ella no tenía fuerzas para sostener una conversación larga, decía una ó dos frases eternamente parecidas, se sentaba, callaba, y dejaba que reinara en el locutorio un silencio espantoso. Había alguna variación en esta monotonía los días en que el P. Solís y su sobrino pasaban la velada en la casa Claes. Mientras el anciano cura jugaba al *trictrac* con Baltasar, Margarita hablaba con Manuel junto al lecho de su madre, que se sonreía al ver sus inocentes alegrías sin que se notara cuán dolorosa á la vez que grata para su alma lacerada era la fresca brisa de aquellos virginales amores que se desbordaban por oleadas y frase á frase. La inflexión de la voz que tan bien sonaba en la boca de ambos jóvenes le partía el corazón; una mirada de inteligencia sorprendida entre ellos la

traía recuerdos de sus horas juveniles y felices que hacían aún más amargo el presente. Manuel y Margarita tenían una delicadeza que les hacía reprimir las deliciosas puerilidades del amor por no ofender con ellas á una mujer dolida cuyas heridas adivinaban instintivamente. Nadie ha reparado todavía en que los sentimientos tienen una vida que les es propia, una naturaleza que procede de las circunstancias en que han nacido; conservan la fisonomía de los lugares en que han crecido y la impresión de las ideas que han influido en sus desarrollos. Hay pasiones concebidas ardientemente que continúan ardientes, como la de Josefina por su marido; hay también sentimientos á los que todo ha sonreído, que conservan una alegría matinal, y sus cosechas de alegría van siempre acompañadas de risas y fiestas; pero también hay amores fatalmente rodeados de melancolía ó asediados por la desgracia, amores cuyos placeres son penosos, costosos, abrumados de temores, emponzoñados por remordimientos ó llenos de desesperanzas. El amor sepultado en el corazón de Manuel y Margarita, sin que ni uno ni otra comprendiesen aún que lo que sentían era amor, ese sentimiento nacido bajo la bóveda sombría de la galería de Claes, delante de un anciano y severo sacerdote, en un momento de silencio y de calma; ese amor grave y discreto, pero fértil en suaves matices, en secretas voluptuosidades, saboreadas como racimos hurtados en el rincón de una viña, pasaba por el tono obscuro, por las tintas grises que le coloraron en las primeras horas. No atreviéndose á hacer ninguna demostración ostensible ante aquel lecho de dolor, entrambos jóvenes acrecentaban sus goces sin saberlo con una concentración que los imprimía en el fondo de su corazón. Estos goces consistían en los cuidados prodigados á la enferma y en los cuales tomaba parte con mucho gusto Manuel, satisfecho de poder unirse á Margarita haciéndose de antemano hijo de aquella madre. Un agradecimiento melancólico reemplazaba en los labios de la joven al melifluo lenguaje de los amantes. Los suspiros de sus corazones, llenos de júbilo por alguna mirada cambiada, se distinguían poco de los suspiros arrancados por el espectáculo del dolor materno. Sus breves y gratos instantes de confesiones indirectas, de promesas á medio hacer, de expansiones comprimidas podían compararse á esas alegorías pintadas por Rafael sobre fondos negros. Uno y otro tenían una certidumbre

que no se confesaban; sabían que el sol estaba sobre ellos, pero ignoraban qué viento dispararía las negras nubes amononadas sobre sus cabezas; dudaban del porvenir, y temiendo que los acompañaran siempre los sinsabores, permanecían tímidamente á las sombras del crepúsculo, sin atreverse á preguntarse: *¿Terminaremos juntos el día?* Sin embargo, la ternura que la señora Claes atestiguaba á sus hijos, ocultaba noblemente todo lo que ella se ocultaba á sí misma. Sus hijos no le causaban sobresaltos ni temores; eran su consuelo, pero no eran su vida; vivía para ellos, pero moría por Baltasar. Por penosa que fuera para ella la presencia de su marido, pensativo por espacio de horas enteras, y que sólo de cuando en cuando le dirigía una mirada monótona, no olvidaba sus dolores sino durante estos crueles instantes. La indiferencia de Baltasar hacia aquella mujer moribunda habría parecido criminal á cualquier extraño que de ella hubiera sido testigo; pero la señora Claes y sus hijos estaban ya acostumbrados, conocían el corazón de aquel hombre y lo absolvían. Si la pobre señora sufría durante el día alguna crisis peligrosa, si se encontraba peor, si parecía á punto de expirar, Claes era el único en la casa y en la ciudad que lo ignoraba; su criado Lemulquinier lo sabía; pero ni sus hijas, á las que su madre imponía silencio, ni su mujer le daban noticia de los peligros que corría un ser tan ardentemente amado en otro tiempo. Cuando su paso resonaba en la galería al bajar á comer, la señora Claes se consideraba feliz; iba á verle, y reunía sus fuerzas para disfrutar de aquella alegría. En el momento en que entraba, aquella mujer pálida y medio muerta se ponía de pronto colorada, recobraba una apariencia de salud; el sabio se acercaba á su lecho, la tomaba una mano y la veía bajo una falsa apariencia; para él sólo estaba bien. Cuando la preguntaba: «¿Cómo te encuentras hoy, querida?» ella le contestaba: «Bastante mejor»; y hacía creer á aquel hombre distraído que al día siguiente se levantaría, ya restablecida. La preocupación de Baltasar era tan grande, que consideraba la enfermedad de que se moría su mujer como una simple indisposición. Moribunda para todo el mundo, estaba viva para él. Una separación completa entre ambos esposos fué el resultado de aquel año. Claes no dormía con su mujer, se levantaba muy temprano y se encerraba en su laboratorio ó en su gabinete; y como no la veía sino en presencia de sus hijos ó